

Santa Palabra¹

Pedro Trigo, SJ²

Resumen: Partiendo de la correspondencia de José Gregorio Hernández, este artículo analiza algunas características de la vida y obra del santo. Independientemente de su concepción de la perfección cristiana, JGH fue un contemplativo en la acción. Esa propuesta no estaba en el ambiente, pero fue realizada a plenitud en la persona de José Gregorio. La espiritualidad cristiana en la época del “médico de los pobres” privilegiaba el vacar en Dios, la contemplación, relegando a un segundo lugar la acción. Sin embargo, la caridad dio el tono a su práctica científica y su atención a sus pacientes, a su atención a su familia y su modo de ser ciudadano. Esa caridad, que fue entregar el amor que recibía de Dios con la misma gratuidad, concreción y plenitud con que él lo recibía, fue lo que lo unificó. Una integración dinámica ya que consistía en abrirse constantemente para recibir el amor y para, luego, entregarlo.

Palabras clave: José Gregorio Hernández, Santos Dominici, el médico de los pobres, contemplativo en la acción.

Abstract: Based on the correspondence of José Gregorio Hernández, this article analyzes some characteristics of the saint's life and work. Regardless of his conception of Christian perfection, JGH was a contemplative in action. This proposal was not widely accepted, but it was fully realized in the person of José Gregorio. Christian spirituality in the era of the “doctor of the poor” prioritized emptiness in God and contemplation, relegating action to a secondary role. However, charity set the tone for his scientific practice and his attention to his patients, his attention to his family, and his way of being a citizen. This charity, which consisted of giving the love he received from God with the same gratuity, concreteness, and fullness with which he received it, was what unified him. A dynamic integration, since it consisted of constantly opening himself to receive love and then giving it away.

Keywords: José Gregorio Hernández, Saints Dominici, The Doctor of the Poor, Contemplative in Action.

- 1 Carlos Ortiz Bruzual es el compilador y redactor de las notas del libro de José Gregorio Hernández, *Santa Palabra. José Gregorio Hernández por sí mismo* (Caracas: Editorial Dahbar, 2021). Respetando el estilo del autor, las páginas citadas del libro se colocan entre paréntesis dentro del mismo texto.
- 2 El padre Pedro Trigo es profesor en el Pregrado y el Postgrado del Instituto de Teología para Religiosos (ITER). trigodura@gmail.com

Introducción

El presente trabajo contiene un prólogo, una biografía de José Gregorio Hernández (JGH), las cartas escritas por él desde Venezuela a Santos Dominici, a su familia y cartas oficiales escritas de agosto de 1888 a marzo del 2017; cartas escritas desde el extranjero (noviembre 1890 a octubre 2017) a sus familiares y allegados y a Santos Dominici; la Elegía al doctor José Gregorio Hernández leída por Santos Dominici a los 25 años de su fallecimiento; una breve selección de textos de José Gregorio Hernández y finalmente la cronología de su vida. Estudiaremos las cartas de JGH y nos referiremos también a la Elegía de Dominici.

1. **Cartas a Santos Dominici desde su tierra natal (agosto de 1888 a febrero de 1889)**

En las cartas desde su tierra a Santos Dominici, donde, después de graduarse de médico, ha ido para obtener recursos para su viaje a París para especializarse y a la vez para ejercer lo que aprendió y así hacerse cargo de lo que realmente sabe, hay que insistir, ante todo, que se refiere a un amigo entrañable, que además él piensa que le corresponde completamente. Ya que no puede estar con él, le escribe regularmente, en su intención continuamente, no sólo para que él esté al tanto de toda su vida, sino mucho más hondamente como un sustituto de su presencia, como un modo de estar con él. Por eso le dice cosas que no dice a nadie, incluso al decírselas a él, se las dice a sí mismo. Veámoslo en su correspondencia.

2. **Una amistad completa y humanizadora**

Ante todo, nos referimos al grado de amistad.

Para hacernos cargo de su amistad antes de las cartas nos vamos a referir a lo que dice de esa primera época Dominici en su *Elegía* a los 25 años de su muerte: Dice que se encontraron por primera vez en la secretaría de la universidad para comenzar él la medicina e inscribirse

JGH en tercer año. “Él pasaba casi todo el día conmigo en la biblioteca de mi padre (...) Pedimos a París las obras más recientes y completas de Anatomía, Fisiología, Patología, Terapéutica e Higiene, manantiales que bebíamos ávidamente” (161).

“Llegó finalmente el término de los estudios de Hernández, y tal día como hoy, hace cincuenta y seis años, tomó la borla doctoral (...) Nuestro padre, que llegó a quererlo como a mí mismo, decidió que su triunfo se celebraría en casa”. “Vino en seguida la separación: el recién doctorado tuvo que hacerle frente desde ese momento a graves obligaciones para con los suyos y voló al seno de su familia” (164). Es cierto que, sobre todo desde que murió su padre, él se hizo cargo con gran responsabilidad de su familia, pero eso ocurrió en 1890, cuando estaba culminado sus estudios en París.

Vayamos ya a las cartas de JGH. Le escribe desde Curazao, la primera escala del viaje a su tierra natal, después de doctorarse en Caracas de medicina: “Durante la misa ya tú te imaginarás que hacía mi súplica ordinaria para que el cielo conserve, durante esta ausencia, el cariño que nos une e hizo de nuestras dos almas una sola para mayor beneficio mío” (48). En esta primera cita queda claro que para JGH esa amistad es algo querido por Dios: por eso le pide que se la conserve. Cuando dice que el cariño hizo de las dos almas una sola, hay que comprender que no se trata de una fusión, sino de trasvasamiento: cada uno está en el otro por el amor y la fe que es la flor del amor³.

Le escribe desde Los Andes natales donde ha ido a ejercer la medicina hasta conseguir dinero para ir a Europa a especializarse: “Abrigo muy grande esperanza de que iremos a Europa, si Dios lo permite, para que luego que vengamos nos situemos en el mismo lugar, para llenar de este modo todas nuestras ilusiones de estudiantes; es una idea que me hace tan feliz que creo no poderla realizar nunca, ya que en este mundo

3 P. Trigo, “Estructura de la relación de fe”, en *Relaciones humanizadoras* (Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado 2013), 19-47.

uno no puede gozar de felicidad” (62). En las cartas está hablando constantemente de gusto, de contento. Aquí se refiere a esa plenitud, como si dijéramos la felicidad como estado, que para él no cabe en esta vida. Eso significa en concreto que no cree que acabarán viviendo en la misma ciudad, lo que en gran medida sucedió.

La ilusión es, pues, vivir juntos como vivieron desde estudiantes. Por eso, ahora que están separados, dice: “¿qué sería de nosotros sin el inmenso placer de escribirnos y contarnos todo lo que sucede?” (70).

Al comenzar el año “yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo. Luego recordé el año pasado, año verdaderamente dichoso para mí, que tal vez no volverá, y pasaron rápidamente por mi imaginación todos los sucesos que me habían ocurrido durante esa época feliz” (94). Vuelvo a recordar que su amistad está dentro de su relación con Jesús. Y también el presentimiento, que repite, de que tal vez no volverán a estar juntos.

Por eso le dice: “Tuve el grandísimo gusto de recibir tu carta y junto con ella la esperanza de que no dejarás, cada vez que tus ocupaciones te lo permitan, de comunicarte con el amigo que más te quiere, casi puedo decir que tu único amigo” (106). Pero la correspondencia es insuficiente: “Me haces mucha falta, chico; cada día me siento más aislado y más abatido. ¿Qué no daría yo por estar esta noche contigo paseando por la Candelaria y viendo ese sol que habita por esas regiones? ¿Qué harás tú en este instante?” (88). En otra carta le manifiesta que concuerda con lo que le escribe Dominici: “Como dices muy bien, nuestra amistad es tan firme que ni el tiempo ni la distancia la han debilitado jamás” (108). Ahora bien, aunque la vida se empeñe en impedir que vivan en la misma localidad, no por eso se pierde la esperanza de una presencia continua: “Pero si nuestra amistad no la reanudamos en la tierra para eso tenemos el cielo” (97). Allí será el amarse imbuidos en el amor infinito y personalizado de Dios. No cabe duda de que para JGH la amistad con Dominici, tan importante para su vida, es una amistad

querida por Dios, y, al estar imbuida de su amor, puede permanecer en el cielo, ya que la vida eterna consiste en recibir el amor de Dios y de Jesús y con el Espíritu de ambos amarles y amar personalmente a todos los que vivan esa vida.

También dice de su amistad el afecto que tiene a su papá, el doctor Dominici. Por ejemplo, la alegría que siente cuando lo nombran rector. Le dice: “nunca he tenido una satisfacción más que la que experimenté cuando leí el párrafo en que me cuentas la acción de los estudiantes con tu papá” (97). Sigue comentándole largamente hasta llegar a afirmar que “tampoco desde Vargas se encuentra en la larga lista uno quedar que honre tanta universidad como tu papá”. Y por eso le comenta: “Es una dicha inmensa para ustedes ser sus hijos, y para mí también, ya que mi cariño hacia él anda a la altura de un hijo” (99).

Eso es lo que dice JGH de su amigo. Digamos ahora lo que dice Dominici de esa misma amistad en la *Elegía* que pronunció 25 años después de su muerte ante las autoridades más altas de la república, de la Iglesia y de la universidad y los colegas, alumnos y público en general. “Subo a esta tribuna simplemente a hacer el sencillo relato de aquella amistad (...) Tendré que hablar mucho de mí, porque su vida y la mía fueron por largos años una sola y misma vida” (160-161). Insisto en que no fue fusión, sino trasvasamiento, que nada tiene que ver con meterse en lo del otro ni mediatizarlo, ya que el amor, a la vez que potencia, respeta.

Se refiere a las cartas: “El 18 de agosto embarcó en La Guaira y desde su paso por Curazao y Maracaibo entablamos la más amena correspondencia epistolar y telegráfica de la cual conservo dieciocho cartas tuyas por todos los respectos interesantísimas: documentos históricos dignos de ser publicados” (164-165). Luego alude a su coincidencia en París: “Un año antes, en 1890, llegaba también yo a París a perfeccionar mis conocimientos de Medicina y hallaba de nuevo allí en Hernández la afectuosa guía” (166). En 1917, al enterarse que está en Nueva York lo invita a Washington donde él era ministro en la Legación venezolana. Lo invitó a visitar a personalidades y a lugares memorables:

“se negó diciéndome: ‘Yo no he venido a Washington sino a verte y a conversar contigo. Lo demás no me interesa’ (171). Y comenta que en la estación adonde había acudido para despedirle “repitióme con insistencia lo que antes me había sugerido: ‘Debías haberte venido conmigo ¿Qué haces aquí sino perder tus mejores años? Tu puesto es Caracas: allá haces falta. Vente pronto. Te espero’” (172). JGH espera que contribuyan juntos a la posibilidad de vida en Venezuela, cosa muy difícil en esos tiempos de escasez y aprovechamiento de los allegados al régimen, aunque los intelectuales de la dictadura dijeran que era para dirigir al país con mano firme hacia el progreso, según la consigna de Comte, su mentor: “orden y progreso”.

Y, como condensación, acaba diciendo: “Cuanto a mí, en el Norte, hundido en indecible aflicción, al golpe de la terrorífica noticia de la muerte del hermano y compañero, condensé mi dolor en las breves palabras siguientes que la revista *Ciencia y Hogar*, de Caracas, imprimió: ‘Nada podría expresar la intensidad de mi cariño por él, ni mi respeto por sus virtudes: llenaron mi juventud y quedaron para siempre arraigadas dentro de mi ser’” (189).

Queda, pues, claro, por la manifestación de ambas partes, que su amistad no conoció fisuras y que, siendo tan plena que implicaba un verdadero trasvasamiento, sin embargo, mantuvo su calidad humana, que implicaba la ayuda mutua, en la que Dominici reconoce que el que más salió ganando fue él por la calidad humana de JGH, por sus virtudes, que le transmitió.

Para concluir este tema de la amistad y antes de entrar en los contenidos, queremos asentar que una amistad mutua tan constante, tan desinhibida, tan desinteresada y humanizadora supone una gran consistencia humana y a la vez es fuente de humanización.

3. Amigos médicos y médicos amigos

Pasando a los contenidos, en este epistolario hay que distinguir cuando se refiere al colega y cuando se refiere meramente al amigo.

En el primer caso da noticias, tanto de lo que lee de libros o artículos científicos de medicina o lo que necesita que le envíe (libros, artículos, recetas o noticias), como de enfermos que está tratando o ha tratado, como de conocimientos que ha adquirido. No infrecuentemente habla en términos técnicos, tanto de los síntomas, como de la descripción científica de los elementos de la enfermedad, como de los remedios. También se refiere a las noticias de la Facultad de Medicina de Caracas. Trata también muy concretamente del estado de la salud y de la práctica médica de esa parte de la sierra, por ejemplo, de que gente se tiene por médico y no sabe nada o dónde sí hay suficiencia de médicos. También de su plan de acarrear recursos para viajar a París a especializarse: cómo al comienzo piensa que va bien encaminado, pero en seguida comprende que no logrará los recursos y que para lograrlo tiene que ir a otro lugar. Acabará yendo a Caracas. Explanémoslo.

De su paso por Curazao se refiere a los hospitales, que visitó guiado por un médico: “hay mucho aseo, como que está servido por hermanas de la caridad, y me he convencido más de la utilidad de esta institución, ya que las monjas hacen todo con una heroicidad que sólo da el catolicismo”. Como se ve, para él el catolicismo no consiste en estar embebido en Dios sino en servir a los necesitados como verdaderos hermanos en Jesús de Nazaret. Para mostrarlo cuenta el caso de un enfermo que “había que tenerlo completamente desnudo y lavarle constantemente la úlcera, y en la cara de la hermana que lo asistía vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada”. La hermana curaba a ese ser humano, no estaba como hembra ante un varón desnudo. Luego le dice que visitó un colegio, donde una monja tiene fama de instruida, hasta el punto de que el doctor “me dijo que era ella quien le había enseñado a diagnosticar y tratar la fiebre amarilla” (50).

Respecto de su paso por Maracaibo comenta que “el doctor Dagnino me llevaba a ver a sus enfermos, y no solamente del hospital, sino los de su clientela privada también, me presentó todos los médicos notables de la ciudad (...) El hospital está muy bien atendido y edificado de un modo enteramente de acuerdo con la ciencia moderna: salas vastas y bien aireadas, muy limpias y con camas y demás muebles en muy buen estado” (52). Como se ve, tiene interés en su oficio y los colegas lo consideran.

Añade, como algo digno de consideración para su oficio, que “Manuel Ángel me regaló un termómetro” (53).

Después, ya en casa de su familia, le comenta que “papá siempre está con sus ataques de asma, que no han querido ceder a ninguna cosa de las que le he indicado; consulta tú con Vaamonde a ver qué medicamento le ha dado a él mejor resultado” (53).

Le cuenta cómo le ha ido con otros casos, uno de los cuales quiere consultar con otro colega (53-54). Y se refiere al objetivo que le ha traído a su tierra, que lo ve realizable: “Ya ves tú que para hacer tan poco tiempo que estoy aquí no deja de ser algo y me da esperanza de poder reunir dinero suficiente para que hagamos nuestro proyectado viaje a Europa; papá dice que él cree que haré más de los tres mil pesos que pongo como cifra indispensable para poder estar algún tiempo en París” (54).

Muy poco tiempo después le cuenta su éxito, las dificultades ambientales y su decisión de residenciarse en otra ciudad: “Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas: en suma, yo nunca me imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países”. Además, la botica es pésima y el boticario se las da de doctor: “está llenándome de fastidio; afortunadamente que yo no he de quedarme aquí” (57). “Pienso ir esta semana a Valera, porque creo que

de estos pueblos es el único en el que me puedo situar y en el que se presentan más enfermedades que me hagan tener una práctica variada e instructiva” (56).

Sin embargo, al mes de haber llegado se muestra satisfecho: “Si yo fuera a juzgar por el modo como me ha ido en ese mes que tengo de estar aquí de los demás meses igualmente, creo que estaría satisfecho, pues este mes, a pesar de ser una época sana, calculo que me produciría unos ciento cuarenta, ciento cincuenta pesos, ya ves que no es muy poco para un lugar en que hay tan poca gente y en que la mayor parte son personas amigas a las cuales es imposible cobrarles” (61).

A la semana le comenta que tal vez vaya a Boconó, “que es el lugar en que hay más gente y en el que todas las personas son acomodadas: además hay la circunstancia de que los médicos de allí, que son dos, están ya viejos, y saben de medicina lo que yo de chino” (62). Como se ve, el móvil económico es lo decisivo, como dice una línea antes: “mi negocio”. Seguidamente le comunica su preocupación por mantenerse al día de los adelantos científicos: “avísame cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga: nuestro periódico, por último, no lo han mandado; dime si será bueno que te mande una carta para Bailliére en que le reclame el envío de él. Siento que no lo hayan mandado porque en esos periódicos siempre vienen tratamientos muy buenos y también los medicamentos que se van descubriendo” (62-63). Tiempo después le sigue pidiendo alternativas para que le llegue el periódico científico (95-96). “Cuando tengas un lugar desocupado hazme el resumen puramente sintomático (...) de las ingurgitaciones e inflamaciones de hígado según Laveran” (63).

En la carta siguiente le comunica su tristeza: “hace unos tres o cuatro días que tuve el dolor de perder a una enferma; dolor que me ha sido tanto más vivo cuanto que es el primer enfermo que me toca encarrilar al cementerio” (64). Es el dolor del profesional que fracasa y del ser humano a quien le duele no haber podido salvar una vida. Por eso le dice que “te has propasado en dar una noticia que tú desearías mucho que se verifique, pero que está muy lejos de suceder así” (65). Se refiere a que

ha dicho a su padre que ha tenido mucho éxito con los enfermos. Sigue con las noticias científicas: “He leído todos los artículos de Pepper que se refieren al estómago e intestinos: ya no se puede ir más allá porque son perfectos; habla del uso de la sonda de Faucher para el lavado del estómago con una perfección que no había encontrado ni siquiera en Dujardin-Beaumetz; tú verás y luego conversaremos sobre esto” (67). Es verdad que está en constante búsqueda científica de prácticas de salud.

En la carta siguiente comenta, como lo hace con frecuencia, sobre noticias de nombramientos en la universidad en Caracas (70-71).

Vuelve a escribir que desearía establecerse definitivamente en Boconó: “lo único que me detiene es que creo que los dos médicos, que aquí hay, pueden hacerme la guerra porque ése ha sido su comportamiento con todo el que ha tratado de situarse aquí (...) son los jefes del partido dominante aquí, y eso es sumamente peligroso por estos lugares en que la política tiene una preponderancia absoluta” (75).

Respecto de las enfermedades, le comunica que las más comunes son las respiratorias y sobre todo la tuberculosis. Por esa razón se mudan a otro lugar más frío. Sobre el caso quiere tener un criterio preciso: “Recuerdo que en Jaccoud hay una división en los climas que debe habitar el tuberculoso según tenga ya la enfermedad o solamente esté amenazado; búscala en el tratamiento de la tuberculosis y me dices qué opina él en eso, cosa que me interesa saber para tener una opinión fija sobre materia de tanta importancia” (76). Como se ve, aunque lo más seguro es que no pueda establecerse allí, quiere saber qué debería hacer con la enfermedad más común. Es realmente médico.

En la carta siguiente, además de volver a referirse a lo adecuado y bello que sería Boconó (77), se explaya en lo que ha leído en *Playfair*: “me he encontrado con una cosa que no recuerdo haber leído en ninguna otra parte, y es la explicación del hecho de nunca coagularse la sangre de la menstruación, a menos esté en grande abundancia” y se explaya en la materia y en otras citando a diversos autores (78-79).

En la siguiente agradece que le haya enviado un trabajo que realizó por encargo suyo: “Muy satisfecho he quedado con el trabajito sobre las ingurgitaciones hepáticas, que tiene todo cuanto se puede necesitar para el diagnóstico de estas enfermedades: todo lo que me dices que te ha sido útil es para disculparme de mi lisura en ponerte a trabajar para beneficio mío; no tengas cuidado que a mí no me da pena molestarte cuando te necesite, y sobre todo cuando es de una importancia tan grande para mí el asunto, como éste de que tratamos” (80). Como se ve, los amigos son médicos y los médicos son amigos. Por eso le comenta sobre la alegría que le ha dado saber de dos profesores que tiene Dominici en la universidad (81). En otra le comenta “lo mucho que me he alegrado que el señor doctor Morales te haya escogido por su ayudante”. Le comenta que antes le había escrito lamentándose “de no saber microscopio” y se alegra de que le haya dado a su amigo “sus preparaciones e instrumento para que aprendieras una ciencia tan indispensable cuanto difícil”. Se queja de que “por estos lugares es muy difícil que yo pueda aprender algo”; pero seguidamente le informa que “estoy dedicado a estudiar laringoscopia, y, después de muchos ensayos infructuosos por fin logré ver las cuerdas vocales superiores e inferiores juntamente con la epiglotis” (85). Después de tratar de ella, le comenta que “he tratado de aprender a hacer un examen oftalmoscópico; pero como para esto se necesita hacer la dilatación previa de la pupila, y además un alumbrador muy perfecto, pienso dejarlo para después, cuando me dedique a repasar enfermedades del oído y del ojo (...) porque estoy convencido de que para la práctica lo que uno necesita saber es cómo se examinan los diversos órganos” (86).

Le insiste en que trate por todos los medios de hacerse amigo del doctor Morales y para encarecerle la importancia que cree tendrá su amistad para su vida profesional le añade: “si para lograrlo es necesario romper conmigo, que soy otro tú, no debes vacilar un momento en hacerlo” (86). Él sabe que no existe el dilema; lo dice para que su amigo se haga cargo de lo absolutamente que valora esa amistad con el doctor.

Para que se vea en concreto, lo compara con su estado actual: “Una cosa más me llena de tristeza, mi queridísimo amigo, y es pensar si yo me habré de quedar siempre tan ignorante como ahora. Tú siquiera vas a saber muy bien microscopio, es decir, la *técnica* del microscopio, ya que estás enseñado por el señor doctor Morales” (87). Se ve lo decisivo que es para su vida seguir avanzando en conocimientos médicos.

Seguidamente le cuenta “una de las escenas más dramáticas que he visto” (87). Le llaman porque un muchacho se está muriendo y él ve cómo le pasa lo mismo a sus ocho hermanos y luego a la madre y a la abuela. Se dio cuenta y “grité: ¡Veneno!” (88). Se habían envenenado con unas caraotas. “Se murieron dos y ocho se salvaron”. “Recuerdo haber oído hablar al doctor Ernst de unas caraotas venenosas; pregúntale a ver cómo se llaman” (88). Su amigo le ha dicho que tiene gota y le comenta que precisamente estaba examinado sus síntomas y se los comunica (88-89).

Le escribe desde el Táchira: “me vine a dar un paseo por estos lugares a ver qué tal me parecen para establecerme. Te sorprenderá tal vez que desde tanto tiempo no me haya situado, pero eso no tiene ningún inconveniente para el ejercicio de la profesión, ya que no impide el trabajo” (90). Es cierto que trabaja de todos los modos, pero lo obstaculiza tanto que acabará marchándose. Para que comprenda la dificultad le cuenta el trascurso del viaje y sobre todo el paso por el páramo. La dificultad se refleja también en el escribir: “Te estoy escribiendo con mucha incomodidad y ya juzgarás por el papel cuantos trabajos he tenido para poder hacerlo” (92). En la carta siguiente sigue *comentándole* el viaje (93-94). Luego le recuerda el consejo del doctor Elías Rodríguez de no ir a Europa a especializarse sino después de haber practicado: “cuando uno sale de los estudios no tiene idea de las materias en que está deficiente para la práctica (...) Mas después que uno entra en la práctica con responsabilidad, lo que antes era camino llano por deliciosos valles -como dirías tú- se torna en montaña erizada de peñascos y en la que abundan los precipicios. ¡Ah, antes era yo sobrado orgulloso, cuando creía tener conocimiento exacto de la cantidad de fuerzas de que podía disponer! (...) En lo que me creía débil resultó

que no lo era tanto, y en aquellas materias en las que me parecía poder dominar me encontré deficiente, y todavía hoy no te puedo decir que ya me conozco, porque cada día experimento nuevas sorpresas” (95). Le pide que le comente si está de acuerdo, para ver si tiene que esperar varios años para realizar juntos el viaje para especializarse (94-95).

Le cuenta de un caso concreto: “He estado tratando últimamente una mujer que padece de metritis crónica; un caso muy curioso; he usado las escarificaciones del cuello del útero como tratamiento local y al interior el extracto fluido de *Hidrastis canadensis* alternando con la ergotina de Bonjean. Ya está casi buena; me costó mucho trabajo este diagnóstico por falta de libros y por la de práctica; voy a tratar de remediar lo primero” (100) y por eso le pide que escriba a París (100-101).

En la última carta le cuenta el motivo de fondo, ya temido por él, para abandonar inmediatamente esas tierras: “Por fin como que va suceder lo que tanto habíamos temido: me dijo un amigo que en el Gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas; yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí; sin embargo, no le escribo porque, como no tengo seguridad en el correo y a él tendría que escribir con letra ordinaria correría mucho peligro. Si me echan que aquí ¿adónde voy? Esta es mi duda” (104).

Está seguro de que él no ha dado motivos porque él ha actuado sólo como médico: “Como tú comprenderás, sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupaban mis libros. Le escribí al doctor González diciéndole que me quiero ir y le dejo entender el motivo; y le hago a él la misma pregunta” (104). En definitiva, los falsos médicos y jefes políticos activos buscan por todos los medios deshacerse de rivales.

4. Estados de ánimo y confidencias

Cuando habla con el amigo habla en tono confidencial en el sentido textual de que la fe que le tiene a su amigo lo lleva a compartir con él lo que no le dice a nadie, incluso lo que se dice a sí mismo en el acto de decírselo a él. Es el modo de expresar reacciones anímicas ante sucesos, estados de ánimo, vivencias íntimas. Son expresiones absolutamente espontáneas. Por eso el José Gregorio de estas cartas es complementario a lo que percibían de él la mayoría. No porque disimulara y sólo se sincerara con el amigo, sino porque a su amigo le comunica lo más elemental, que no es lo mismo que lo más profundo ni lo que lo define; es como una válvula de escape a reacciones y sentires primarios. Obviamente, que en estas cartas hay mucho más que eso; pero eso hay que mencionarlo porque salta a la vista y por eso hay que interpretarlo correctamente.

¿Qué nos dicen estas cartas? Nos dicen que la coherencia que todos veían en su vida no era meramente un modo de ser, un rasgo temperamental o un hábito adquirido muy tempranamente. Era, por el contrario, un objetivo indeclinable. Un objetivo: algo que él había decidido absolutamente y por eso algo con lo que él se comprometía de un modo absoluto, venciendo, no sólo obstáculos ambientales, sino tendencias o emociones internas.

En Curazao le comenta que fue a oír misa: “y tuvo ocasión de ver toda la iglesia, que es algo pequeña, pero estaba bien adornada, preparada para una fiesta”. O sea, que antes de empezar la misa, se interesó por conocer la iglesia. Sobre el sermón, le comenta: “no sé qué opinión se formarían de él los porteños; pero me pareció bastante malo”. No siguió en la misa, sino que, “como tenía apariencias de durar mucho” y era la hora de almorzar, se fue a bordo. Como se ve, la misa no era tan sagrada que hubiera que sacrificar la comida por participar de ella.

Le manifiesta su estado de ánimo: “toda la tarde estuve en el vapor, muy triste porque yo nunca pensé que iba a ser tan dura esta venida, que cada día se me hace más cuesta arriba el soportarla” (48). Como que se había hecho citadino y su tierra natal le parece cosa del pasado a la que ha dado la espalda. Tampoco le dice nada de su familia; como que se hubiera acostumbrado a la familia Villegas con la que pasó tantos años y a la de su amigo Dominici, en cuya biblioteca pasaba largas horas estudiando, y por lo que se ve, no sólo estudiando.

Sobre su impresión de Puerto Cabello destacan dos observaciones contrarias: “me hace muy mala impresión con sus calles estrechas y sumamente sucias; las rosas abundan a un lado y otro de las casas y con un perfume asombroso” (49).

Le escribe sobre su estado económico y sobre su descuido al respecto: “En Curazao compré camisas, calzones interiores y dos vestidos de género, y cuando acabé de pagar me encontré que había gastado tanto que no tenía con qué pagar el pasaje para aquí; afortunadamente que aquel señor más delgado de los que comían con nosotros en Macuto, y que se hizo muy amigo mío, ya desde antes se había puesto a mi disposición y me facilitó aquí los veinte pesos que necesitaba” (51).

Ya en su casa, le escribe que “en Maracaibo pasé siete días muy agradables. Manuel Ángel se esmeraba porque yo me distrajera, para lo cual ponía en juego todos sus recursos de hombre fino y atento; me presentó a todos sus amigos, que son de lo más escogidos, como ya te imaginarás, y mozos sumamente agradables; sobre todo uno del interior, un joven Salinas que es de un trato encantador y muy simpático de fisionomía; entre él y Manuel Ángel me iban a buscar al hotel todas las tardes para enseñarme la población, que esta vez, ya sea por verla acompañado o porque realmente fuera así, me pareció muy bonita y adelantada” (52). JGH iba cumplir 24 años y por lo que adjetiva (fino, atento, escogido, agradable, encantador, simpático) parece una persona de gustos exquisitos, que se siente a gusto con ese tipo de gente.

Sobre las iglesias tiene una opinión positiva y sobre todo le impresiona que los asistentes viven la misa con devoción, hasta los jóvenes de clase acomodada: “Las iglesias también son muy bonitas y adornadas con mucho gusto, todos oyen misa con mucho recogimiento, y me llamó más la atención esto, porque la misa que yo oí el domingo que estaba allá fue la de las diez, que es a la que van todas las niñas y *dandys* del lugar” (53). Nunca omite la alusión a lo cristiano, sea a su práctica, sean apreciaciones sobre personas.

De la familia sólo dice “tuve el placer de ver a toda mi familia, que estaba la mayor parte buena, aunque papá siempre está con sus ataques de asma” (53), a los que ya nos hemos referido.

Lo que dice sobre su actitud respecto a su tierra confirma lo que habíamos afirmado: “He paseado a caballo dos o tres veces con algunos amigos de aquí, que se empeñan en que esto me parezca menos feo de lo que realmente es, empeño inútil porque la fealdad de lo de por aquí está más allá de toda descripción, y eso que la variedad en las costumbres y maneras son cosas que me divertirían si no me atacara los nervios por la antipatía que tengo a toda la gente de por acá” (54). Como se ve, hay una predisposición negativa respecto de sus antiguos paisanos, de los que ya no se siente parte; como si pertenecieran a un pasado superado. Nada de esto aparecía en la descripción del trato con sus enfermos; pero sí respecto de los dos médicos de Boconó y del boticario de su pueblo.

Esta opinión se confirma en lo que dice en la carta siguiente: “Te parecerá increíble que todavía no haya conocido una persona con la cual se pueda conversar un cuarto de hora siquiera” (59). La cita parece suponer que no pregunta sobre asuntos concretos de la tierra y sus vivencias; que nada de eso le interesa. Como si hablar fuera sobre temas de actualidad o sobre las propias personas, pero entonces con contenidos y tono que parezcan razonables. Es sorprendente que no diga nada sobre relaciones en cuanto cristianos.

Eso repercute en el trato consigo mismo: “No me he vuelto a afeitar: figúrate qué fisonomía tan respetable la que ahora ostento, lleno de una barba que cada día aumenta algunos milímetros, y todo ello me agrada mucho porque me divierte verme tan horroroso, y la gente de aquí nada nota porque los jóvenes en ese país no acostumbran a hacer uso de la navaja” (60). Como que se deja llevar por la incuria y eso a él le parece horrible, pero nadie nota nada porque todos los jóvenes hacen lo mismo. Como si dijéramos que no se toma el trabajo de seguir siendo el joven que era y en ese aspecto externo no mantiene la fisonomía que debería tener un doctor.

Esa sensibilidad se nota en una carta en la que describe su malestar por el modo en que los tratan sus corresponsales de Francia: como si fueran unos salvajes por ser latinoamericanos: “La carta de Doin no puede ser más incivil, porque esa gente se imagina que nosotros somos un poco menos que salvajes y que, en consecuencia, están libres de no usar ninguna cortesía, una vez que se trata de América del Sur” (64). Parecería que le duele que los europeos los traten como si ellos fueran lo que él considera que son sus paisanos. No se refiere estrictamente a su calidad humana, pero sí a su consideración como personas con cultura o sin ella.

Que se siente en su tierra natal como en el destierro se ve por la siguiente anotación: “Ayer vi desde lejos a aquel larguísimo estudiante de derecho llamado Maya; esto me puso sumamente triste porque me parecía que estaba en Caracas” (70).

Como joven se refiere a las jóvenes: “Las niñas de aquí son muy simpáticas y agradables; bailan muy bien, si me sigo por la única con que he bailado una noche aquí en casa con piano; me aseguran que hay otra que baila muchísimo mejor que la niña con que bailé, me he hecho muy amigo de esa afamada pareja y me ha prometido que en el primer baile que me encuentre con ella tendré la segunda pieza” (69). Es joven y le gustan las jóvenes y bailar con ellas.

Pero además de la belleza, hay otros aspectos de mucha consideración: Así le comenta a su amigo: “¡Oh, dichoso tú que pisaste por fin la casa de la sin igual Antonia! Trata siempre de hacerte íntimo de allá: esa es gente, y por esa razón puede tratarse” (71). Como se ve, ser gente es tener calidad, se supone que humana y no sólo ni principalmente social.

También le expresa que tiene debilidad por algunas jóvenes concretas: “Nada me has vuelto a decir de las niñas Elizondo; supongo que todavía son muy amigas de la casa. Tampoco me has vuelto a dar noticias de Richardini ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que doy a un párrafo en que se trate de esas personas, y me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: Tú sabes; ése es mi punto débil” (71). No se puede decir más encarecidamente.

Quince días después le manifiesta que ha cambiado: “Mi modo de ser ha cambiado un poco, tanto físicamente como moralmente: He enflaquecido mucho, lo cual creo que es debido al mucho ejercicio a caballo y los sufrimientos morales propios para acabar con cualquiera organización, por fuerte que sea: todo a mi alrededor lo veo muy negro, parte por ser realmente así y parte -la mayor- porque me faltas tú, es decir algo vivificador que me rodea cuando estoy a tu lado” (73). Respecto de lo primero, le cuenta de un viaje de muchas horas subiendo cerro y en medio de una tremenda tempestad para atender a un enfermo, y lo ilustra con toda evidencia (73-74), lo mismo el que hace a Niquitao (76). Respecto a lo segundo, se refiere a la presión política para acabar con todo lo que sea independiente del gobierno, aunque estuviera muy arraigado. Llevar ese sufrimiento en soledad es mucho más duro que llevarlo con el amigo. El presupuesto sería, bien que no se podría comentar en la familia, bien que ese compartir era para él insuficiente. Vuelve a aflorar el problema de fondo que acabaría determinando su salida de esa región.

Dice que a una amiga la escribirá “cuando tenga tiempo y mucha disposición de espíritu” (77). La causa de esa falta de disposición es que “no veo nada que llene el vacío que hay junto a mí. Dios, que

da el mal, dará el remedio” (79). Creo que tiene mucho sentido que confíe en que Dios dará el remedio; pero no veo lo que pueda significar la afirmación de que Dios da el mal. Tiene mucho contacto con su familia; por ejemplo, desde Valera le dice: “luego que lleve las niñitas a casa –porque me faltaba decirte que ellas quisieron venir conmigo” (69). Ese contacto ¿no le quitaba el vacío? También vimos que comenta que no podía cobrar a muchos de sus pacientes porque “la mayor parte son personas amigas”. Tener tantos amigos ¿no llena la vida, al menos en algún aspecto? En otra carta el vuelve a decir: “cada día me siento más aislado y abatido” (88).

Se ve que esta estancia es temporal y que ya está pensando en los planes futuros: “cuando vuelvan a bailar en la casa creo que a ambos los debes invitar, ya que todos son personas muy importantes para nuestros planes futuros. No puedes figurarte cuánto desearía estar en la retreta, si toda esa gente había de estar también: se me hace la boca agua” (81). Trata de vivir lo más humanamente posible y atender a sus pacientes lo más profesionalmente posible y vivir en su familia como un miembro entrañable; pero ese lapso de su vida es provisional y él está pensando en la especialización y la vida que llevará en Caracas como médico especialista.

Y en su deseo espera llevarla con Dominici, su otro yo. Esto se ve por su insistencia en que deje la amistad con alguien cuya amistad perjudica a la persona: “Las amistades son para que produzcan beneficio, o por lo menos deben ser indiferentes, pero de ninguna manera para que den malos resultados” (82). Obviamente que no se está refiriendo a beneficios económicos, sino a que ayuden a vivir humanizadamente, o, si no aportan, que, al menos, no causen inhumanidad.

Es interesante cómo lo consideran un joven y por eso en cierto modo lo obligan a disfrutar de la juventud, en una circunstancia muy extrema. Está viajando con la intención de dormir en La Puerta como primera etapa del camino. Pero al llegar a Valera “inmediatamente me vi rodeado de todos mis amigos de aquel lugar que me agarraban y en un abrir y cerrar de ojos me desmontaron y participáronme que habían

resuelto que me quedaría ese día allí para bailar en la noche; yo rehusaba firmemente y me excusaba de mil modos, todo fue inútil: no hubo más remedio que acceder y bailar toda la noche hasta que a las cuatro monté a caballo para seguir mi viaje; muy maltratado llegué a Timotes sin que durante el día se presentase ningún incidente particular” (90-91). Seguidamente le da noticias sobre su subida al páramo de Mucuchíes (91; 93-94). No es fácil compaginar esta escena con la idea que se tiene de JGH: que tuviera tantos amigos jóvenes, que lo trataran con tanta confianza como para hacerle cambiar lo que había proyectado y que todo eso fuera para darle algo que suponían era muy gustoso para él: bailar toda la noche. Y que él cediera a su presión, que veía era en cierto modo un homenaje. Y que, a pesar de todo el cansancio, pasara del baile a retomar la mula para seguir el viaje, no ya hasta La Puerta, sino hasta Timotes, como cincuenta kilómetros en la carretera actual. Bueno, no es fácil de compaginar con la idea convencional que se tiene de él lo de su relación con los amigos y el baile; sí, su empeño para pasar del baile al camino y llegar hasta donde había proyectado. Se necesita un empeño que excede absolutamente la intención y la capacidad de una persona común.

Lo del baile continúa en Mérida: “inmediatamente que llegué me invitaron a un baile que debería tener lugar el 31 de diciembre en la noche y que era dado por el presidente del estado y otros del gobierno. Estuvo muy bueno el baile y yo me divertí mucho viendo la gente de por acá, tan sumamente distinta en modales, educación, modas, etc., de la de por allá” (94). Lo primero que llama la atención es su afición al baile, que era algo reconocido por sus amistades y su disposición a obsequiarlo y que, en efecto, él disfrutaba. Lo segundo, que confirma lo que venimos diciendo, que él se sentía muy a gusto con gente bastante parecida a la de Caracas y por eso tan distinta y en cierto modo tan superior en su estima a la de su tierra natal. Como se ve, lo que aparece es un joven distinguido. Aunque a renglón seguido dice, como hemos recordado, que estaba en una mecedora en un salón cuando, al sonar el año nuevo, “como de costumbre, mi pensamiento se convirtió

en oración” (94). Como no podemos pensar en un yo dividido por tendencias inconexas, tenemos que reconocer que el baile era un disfrute honesto, una manifestación también de un joven cristiano sano.

En otra carta, después de copiar en inglés un párrafo de Pepper y continuar con gran trabajo escribiendo en el mismo idioma, exclama: “¡Cada vez me convenzo más de que soy un asno bípedo!” (84). Respecto de sus aspiraciones intelectuales, es cierto que se ve muy lejos; pero no se resigna a ello. En otra carta le regaña porque no le ha llamado la atención sobre los errores que seguramente ha habido en su carta en inglés: “Creo que ésa es una falta de amistad, o mejor de cariño, porque ese estúpido sistema me impide adelantar un poco y mejorar; ¿no crees tú que sea más correcto seguir una conducta enteramente opuesta y señalarme dónde está el mal para evitarlo?” (96). Él quiere avanzar y le reprocha que no se tome la molestia de corregirlo.

Después de haber tratado en una carta de bastantes temas diversos, se refiere a él: “Todo lo demás que se relaciona conmigo, es decir, con mi sistema de vida, no ha cambiado; los días se transcurren sin mayor ruido” (101). Es la apreciación más neutra, menos negativa, sobre lo que va viviendo.

5. Motivo de su ida a París y cartas desde allí

Dominici cuenta cómo llegó a Caracas y el porqué de su ida a París: “Hernández llegó a nuestro lado el 9 de abril de 1889. Hizo luego una recorrida por la costa oriental, de donde, convencido de que el único campo para él fertilizable y fecundable era Caracas, concluyó por fijar aquí tienda y labranza. Más, he aquí que uno de sus grandes afectos, su viejo maestro de Fisiología e Higiene, el eminente Calixto González, quien no había dejado de pensar en el discípulo predilecto, le abrió de súbito las avenidas de la fortuna profesional y científica, consiguiendo que el gobierno del doctor Rojas Paúl lo enviase a estudiar en Francia y Alemania las materias de Histología Normal y Patológica, Fisiología

Experimental y Bacteriología, cuya enseñanza debía él fundar dos años más tarde, en 1891, y regir con la mayor brillantez hasta su muerte, por más de veinte y ocho años” (165-166).

No fueron 28 años porque hubo interrupciones, tanto de parte del gobierno, que cerró la universidad, aunque se daban clases en otros recintos; como de parte de él, que fue dos veces a Italia con el fin de entrar en la cartuja; en ambos casos el viaje dura menos de un año; también en 1917 va a Nueva York y también el viaje dura menos de un año.

De este tiempo en París sólo dispongo de una carta a su hermana María Luisa y otra a su amigo Dominici. A su hermana le dice: “estoy sumamente contento al saber que todos allá están buenos. / Yo también me encuentro gozando de muy buena salud y únicamente me mantiene sumamente contrariado la idea de que probablemente no podré irme el mes de diciembre como al principio creí, sino que todavía tendré que esperar dos o tres meses más, porque tengo que recibir y llevar el laboratorio que el gobierno necesita” (128). La contrariedad se debe a que “yo daría todo por encontrarme otra vez al lado de mi familia y estrecharlos a todos en un buen abrazo” (128).

Acaba de morir su padre. Su madre había fallecido teniendo él ocho años. Por eso le dice: “por este mismo correo te mando unas tarjetitas de luto para ti, también van unas para Isolina que deseo le mandes pronto” (128).

El impacto de la muerte de su padre aparece en la carta posterior a Dominici: “te escribo hoy sintiendo la necesidad de conversar contigo en estos momentos tan tristes para mí, puesto que hace un año me sucedió aquella espantosa desgracia, que todavía me parece estar en los días primeros del duelo, tanto porque todavía yo no he tenido el consuelo de volver a encontrarme al lado de mi familia, como porque éste es uno de aquellos pesares que sólo el tiempo puede ir mitigando” (148). No sólo le ha dolido mucho, sino que, como hermano mayor,

siente que tiene que desempeñar el papel de su padre de aglutinar a la familia y favorecer a cada uno en cuanto pueda. Por eso le habla de “los deberes imperiosos que me llaman al lado de mi familia” (148).

Después de manifestarle la alegría se siente de regresar a su patria, a su familia y a su lado, le expone una inquietud: “¿Cómo encontraré todo lo que había dejado? Uno de los temores más grandes que tengo es el de que yo haya cambiado de mi modo de ser anterior, porque entonces tendré que bajar humilde la cabeza ante los cambios que encuentre en los otros. Es verdad que muchos habrán olvidado hasta que yo existo” (149). ¿Cómo hay que interpretar el texto? Es obvio que asumir esa responsabilidad de prepararse en París para las tres cátedras y hacerse cargo de encargar el laboratorio para traerlo a Venezuela supone una actividad tan cualitativa y pública que implica algún cambio. Pero ¿por qué tiene que bajar la cabeza ante el cambio que vea en otros? El suyo no es un cambio negativo que le haga sentirse inferior respecto de otros que se hayan cualificado. No es tampoco pensable que se hayan olvidado de que existe, porque viene a cumplir tareas muy exigentes y honrosas. No creo que quiera decir tampoco que él, al dedicarse a lo científico, haya dejado de lado su humanidad y por eso tenga que inclinarse ante otros que han avanzado más en ella.

Le escribe también al ministro de Instrucción Pública que está “pronto a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir, la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna”. Por eso le envía la lista de los aparatos con el presupuesto. Lo envía con tanto adelanto porque en construirlos se demorarán tres meses. Le manifiesta que el costo del embalaje y el transporte se lo enviará cuando suceda porque ahora no se puede prever y le sugiere que lo tramite con el cónsul. Le encarece la trascendencia del laboratorio: “Presa de la mayor emoción, ciudadano ministro, yo contemplo este gran acontecimiento, para nuestro país, de la creación de un instituto que estará al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París”. Y, de paso, le hace ver el beneficio político de la obra: “Indudablemente esta grande obra constituirá

una de las mayores glorias con que nuestro ilustrado Presidente de la Republica, el señor doctor Raimundo Andueza Palacio, se presentará a la admiración de sus conciudadanos” (118). Hay que reconocer que no es sólo oportunismo político, sino una realidad digna de admiración. Como también lo es que él sea el encargado de llevarla a cabo.

6. Contradicción entre su dedicación a la medicina para salvar vidas y los dos intentos de dejar el mundo

Lo que sucedió a su regreso a Caracas nos lo cuenta Dominici en su *Elegía*: “Ya de vuelta a Caracas, el doctor Hernández -cerebro claro, limpio de prejuicios clínicos ante el enfermo, práctico insigne que en los hospitales de París había asimilado y acrecentado la ciencia y los métodos de los mejores clínicos del mundo- impuso su valimiento científico a las pocas semanas de su actuación médica. Los viejos médicos, discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a las cabeceras del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos (...) Acudía con igual interés a la rica mansión y a la humilde choza” (176).

La trascendencia de su excelencia que explica su aceptación universal radica, no sólo en que lo que traía era realmente innovador, sino que lo que llevaba a cabo estaba dirigido a que la realidad diera de sí superadoramente, en concreto la de la medicina y consiguientemente la de la salud, y no al reconocimiento de su figura o a su beneficio privado, así como también a que no limitara sus clientes a los que tenían cómo pagar su atención, sino igualmente a los que no tenían recursos.

Uno se pregunta cómo sacaba tiempo para atender a las tres cátedras y al laboratorio y a sus pacientes, y a la vez a sus ocupaciones religiosas (oración, misa y comunión) y a la vez a su familia.

Sobre esto último nos habla en la carta a su hermano César, que se acaba de casar en su tierra natal: “Mis deseos son porque seas sumamente feliz, y porque veas logradas todas tus ilusiones. / Efectivamente, de casa siempre me han contado que te has conducido con la familia muy bien; yo espero que sigas siempre lo mismo con ella, principalmente ahora que mis medios todavía no me permiten ayudarla como yo lo deseo y como tal vez podré hacerlo más tarde. / Pienso traerme la parte de la familia que pueda venir muy pronto” (110), y dice que no lo ha hecho antes por los problemas políticos que ponen en peligro a los viajeros. Como se ve, su intención es situar a su familia en Caracas, atendiéndola no sólo económica sino humanamente, de manera que todos puedan vivir una existencia digna y con unión y cariño y, por supuesto, a la altura del tiempo, superando el atraso de su tierra natal. Éste será uno de los aspectos más relevantes de su persona, que le supuso una dedicación constante y en el que invirtió muchos recursos económicos.

La carta siguiente va dirigida al ministro de Instrucción Pública para pedirle que vengan cada día tres o cuatro soldados de los más jóvenes y fuertes al laboratorio de la universidad para que les tomen una muestra de sangre. La razón es que, al enseñar a los alumnos a enumerar los glóbulos de sangre, “no sin gran sorpresa encontré el inesperado fenómeno de que la cantidad de estos elementos era muy inferior, aproximadamente la mitad de la que existe en la sangre de los habitantes de los países septentrionales”, y para cerciorarse de que es un hecho general, “se necesita repetir la experiencia un gran número de veces” (120). “La comprobación de este hecho será de gran utilidad científica, y tal vez en él se hallará la clave de las diferencias que hay entre la patología y la terapéutica europeas, ya teóricas, y aplicadas, y su teoría y aplicación entre nosotros” (120).

Como necesita tomar muchas muestras, acude al gobierno para que le proporcione los sujetos y para justificar esa petición tan insólita le hace ver su trascendencia. Como se ve, es un científico realmente interesado en lo que se trae entre manos y consciente de su relevancia.

La carta siguiente es a su hermano César y se refiere a la disposición de los bienes de su hermano Benjamín, que muere el 29 de agosto de 1894 a los pocos días de contraída la enfermedad, sin que José Gregorio pudiera salvarle la vida. Le comenta “que todo se hará conforme él quería” (111).

Luego le dice: “Yo estoy siempre muy ocupado, así es que nunca tengo tiempo para escribirles largo y siempre lo hago de carrera” (111). Como se ve, el tono es muy distinto de la carta anterior, tan expresiva. ¿Habría que convenir con Dominici en que la muerte de su hermano, de la que de algún modo se sentía responsable o por lo menos el hecho de no haberle podido salvarle la vida, lo afectó tanto que le cambió el horizonte vital, incluso el carácter?

Escuchemos a Dominici: “En medio de la seguridad que le daban sus triunfos profesionales, de la conciencia, no por vanidad, tan alejada de su índole humilde, de que dominaba el arte de aliviar y de curar; en la recobrada calma de su espíritu al contemplar reunida en torno al hogar caraqueño, fundado por su esfuerzo, a la numerosa familia paterna, el destino, Dios, según su creencia, le asesta tremendo golpe: una de esas fiebres inexorables del Trópico le arrebató de entre las manos, por sorpresa, en breves horas, a Benjamín, el hermano menor, sin que el médico insigne se hubiese dado cuenta, sino en la hora postrema, de la extrema gravedad del caso. La herida le llegó al alma. Desde aquel día cambió la orientación de su vida, prendió en su ánimo el anhelo del retiro, de la meditación, de la expiación de una culpa imaginaria. Pero, altruista antes que todo, y esclavo del deber, pospuso la realización de su anhelo para cuando hubiese acabado la educación de los hermanitos y sobrinos, cariñosamente congregados en su redor y adquirido por el trabajo lo necesario para dejar asegurada la base de sustentación de la familia”. Entonces “cogió Hernández inesperadamente sin ruido, el camino de la cartuja, ya muerto al mundo” (168).

No tengo elementos para confirmar ni para desmentir esta apreciación de Dominici. Aunque entre los dos intentos de retirarse del mundo y después del último hasta su muerte, siguió su trabajo con toda

dedicación y nadie notó ningún cambio. Sin embargo, si uno compara la correspondencia, la más numerosa, mientras estaba en su tierra con sus múltiples alusiones a las niñas, a los amigos y al baile, sí parece haber un cambio significativo, que sólo en parte puede explicarse por centrarse en su responsabilidad como médico después de que regresa de París a introducir en Venezuela la medicina moderna. Cuando fue a su tierra a comenzar el ejercicio de la medicina tenía 24 años y cuando muere su hermano le faltaban dos meses para cumplir 30 años. Todavía vivió algo más de 24 años.

La carta siguiente es para informar a su hermano desde Puerto Cabello, antes de embarcarse, su ida a la cartuja y describirle minuciosamente cómo tienen que repartir sus bienes. “Tú comprenderás lo doloroso que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente, y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra, solamente por obedecer al llamamiento divino he podido dar este paso, que es para mí tan duro” (112). Se despide hasta la vida eterna: “Les ruego a todos que me dispensen de todo lo que yo les he hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo” (113). Según el texto, para él es claro que deja su familia y su misión como médico, exclusivamente para seguir la llamada de Dios.

¿Era tan claro que Dios lo llamaba a estar con él en la soledad del claustro y no a darle gloria sirviendo a la gente en algo tan elemental y por eso tan imprescindible y, sin embargo, tan poco cultivado, como la salud y la vida? ¿Dios lo llamaba al claustro precisamente a él, que desempeñaba la función de introducir la medicina moderna, es decir posibilidades de recobrar la salud inéditas en el país? Por una carta que conocemos del arzobispo de Caracas, le pide que lo discierna, presuponiendo que, tal vez, pese más en la balanza el bien de la gente⁴.

4 P. Trigo, “Nota sobre la canonización de José Gregorio Hernández”, *Iter. Revista de Teología* XXXVI, No. 89 (2025), 93.

En la carta que escribe a monseñor Castro desde Puerto Cabello, por lo que le recuerda, parece estar seguro de su vocación: “Monseñor, al ir a embarcarme le escribo de despedida estas líneas para darle de nuevo las gracias por todas las bondades que Monseñor ha tenido conmigo; y también para recordarle las dos cosas que me prometió, a saber: que iría a la Cartuja a darme las órdenes en llegando el día, porque mi mayor deseo es recibirlas de manos de mi amadísimo Prelado, y también que no dejaría de disculparme con mi familia por la necesidad en que me veo de dejarla” (114). La necesidad es obedecer la llamada de Dios y como para él la ordenación presbital es la culminación de un camino en el que monseñor ha sido el consejero, desea vivamente que sea él el que le ordene, aunque el costo y el tiempo a causa de la distancia lo dificulten y diríamos que lo desaconsejen. También quiere que monseñor, con su autoridad, persuada a su familia de que, a pesar de lo que eso le contraría, porque es casi como dejarla huérfana, tuvo que dejarla para seguir el camino de Dios.

Desde la cartuja le escribe a su hermano. Ante todo, le informa de su salud: “Tú sabes que mi salud es siempre muy buena, así que por este respecto no te debes inquietar”. Lleva cuatro meses en el convento. ¿Era cierto que por entonces todavía no estaba ansioso al ver que no podía aguantar el trabajo, que las fuerzas, en definitiva, la salud, no le daba?

El anuncio de que había escrito al presidente para ver si permite que le sigan pagando su pensión de jubilado y que la cobren ellos, hace ver que piensa quedarse donde está.

Luego le comenta cómo ora por cada uno: “Mis oraciones son todas por ustedes; cada día aplico mi corazón, las misas, el oficio divino, el de la Santísima Virgen, el ayuno, la vigilia y demás obras que practicamos en nuestra orden por uno de los miembros de mi familia, empezando por mi hermana después por cada uno de mis siete hermanos, luego por mis dos cuñados y por mis doce sobrinos, y así que termino, vuelvo a empezar (...) así como los tengo a todos en mi corazón y el cariño más grande que se puede tener en este mundo, así quiero tenerlos

junto a mí en el cielo para nunca más volvernos a separar” (130). Le dice además “que nos está prohibido tener mucha correspondencia; pero eso no importa, porque nos es muy fácil reunirnos cada vez que queramos dentro del sacratísimo Corazón de Jesús” (131). Realmente que JGH era, tanto cristiano, como de su familia.

Respecto de su hermana religiosa le pide que le mande una copia de la carta y que le diga que cuando le toca su día “no me canso de darle gracias a Dios, que en sus más tiernos años quiso sacarla del horrible mundo y guardársela para él solo” (131). En este punto, el Dios de JGH no es el Dios de Jesús, a quien no quiso guardarlo en su seno, en palabras de JGH, “para él solo”, sino que lo envió al mundo para que fuera un ser de este mundo y salvar al mundo desde dentro. Eso fue lo que había hecho JGH hasta entonces y lo que seguiría haciendo, a pesar de ese modo de pensar, tan típico de su tiempo, que, gracias a Dios, no expresó su vida. Ese fue el discernimiento que monseñor Castro le dijo que hiciera y no hizo, pero Dios lo hizo por él haciendo que su salud le impidiera seguir ese camino, que él pensaba que era el de la perfección cristiana, las dos veces que lo intentó.

Dios entregó a JGH al mundo para que lo sirviera desde dentro, no sólo por estar materialmente en él, sino por estar como representante eximio de instituciones sociales, manteniendo en ellas un desempeño ejemplar, no sólo en el sentido de con toda calidad humana, sino en el de llenar las expectativas institucionales y sociales. Por ambos motivos su muerte fue compartida y acompañada por todos. En su caso hubo coincidencia entre el querer y sentir de Dios y el de la sociedad, cosa que, desgraciadamente, no sucede muchas veces, pero sucedió en su caso: esa fue su vocación, a pesar de su ideología que, como sucedió hasta el Vaticano II, privilegiaba el vacar en Dios, la contemplación, y que relegaba a un segundo lugar la acción, aunque fuera con todo el ser y en provecho del prójimo y en concreto en este caso, del prójimo necesitado, que, tratándose de la salud, somos todos.

Así se lo expresa a Dominici al comentarle cómo su salud no le permitió seguir su vocación: “Es verdad que he tenido que pasar por una crisis terrible que te quiero contar. Tú recuerdas que siempre he tenido el amor al convento. Con los años, y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrollaba como un árbol gigantesco y venía a orientar toda mi vida. / Formé entonces el proyecto de entrar en la Cartuja, que de todas las órdenes religiosas es la que me parecía más adecuada a mi espíritu, un tanto contemplativo y amigo de la soledad (...) Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Allí vi la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto este espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo (...). Pero sucedió lo que era natural que sucediera al que, cegado por su pretensión y apoyado por su vanidad, había emprendido tan alto vuelo. Carecía de muchas de las dotes requeridas en el instituto” (106). Se refiere a sus fuerzas físicas.

Es cierto que acusa a su pretensión y a su vanidad; pero, sea que fuera seguir su pretensión y vanidad, sea que pretendiera seguir el camino de la perfección que creía el camino al que Dios lo llamaba, lo cierto fue que esa no era la vocación a la que Dios lo llamaba, y él lo hacía porque creía que tenía que emprender lo que pensaba que era el vuelo más alto: la contemplación en soledad. No pudiendo mantenerse en la cartuja, lo intentó en el seminario.

Al poco de llegar a Caracas le escribe al señor Blas Pappaterra: “deseo que le haya ido bien en esos llanos; no se olvide de nuestras conversaciones de antes; dígame si oye misa todos los domingos y si es devoto de la Santísima Virgen” (115). Es la única carta en la que pregunta esos puntos. Revela lo impregnado que venía de esas prácticas cristianas como expresiones primarias de la condición de cristiano.

Sin embargo, tres años después, escribe su obra más personal: *Elementos de Filosofía* (1912). Así se la ofrece a Dominici: “Desde hace mucho tiempo deseaba realizar esta publicación porque escoraba a los estudiantes de mi clase un tanto deficientes, y aun puedo decir sin

injusticia, muy deficientes en esta materia, que como sabes se relaciona mucho con la fisiología que yo tengo que enseñar cada dos años”. “Para todo el mundo esta obra no es sino un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa pequeña obra es casi una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida, son mis más caros afectos que lanzo a la calle” (105). Es la teorización de lo que él pensaba, sentía, quería y sobre todo de su modo de ver la realidad, que para él era trascendente y la hacía justicia.

Desde esta obra aparece más congruente que hiciera caso al arzobispo, aunque la obra la compuso después, pero como él dice, en ella expresa la manera como él ha querido vivir haciendo justicia a la realidad, que para él viene de Dios y está transida de él, pero es la realidad densa, articulada y dinámica.

Sin embargo, no abandonó sus deseos de dejar el mundo para dedicarse a Dios en el silencio del claustro. Por eso en 1913 viaja a Roma para estudiar teología en el Pío Latinoamericano. Desde allí le escribe a su hermano: “Me encuentro en el Colegio muy a mi contento y gusto. Hago mis estudios con tranquilidad y dirigido por los reverendos padres jesuitas, que son tan excelentes y tan llenos de celo” (132).

Respecto del clima (escribe en febrero del 1914) le explica que “Roma tiene un clima muy suave, y hemos pasado el invierno, que en otras partes de Europa es tan riguroso, casi sin sentirlo (132). Sin embargo, desde París le escribe en abril que cuando le escribió en febrero “ya me sentía bastante enfermo, pero a los pocos días me empeoré mucho con una pleuresía seca” (134). Se ve que, como quería realizar su sueño, no quería reconocer su estado de salud. Pero cuando le diagnosticaron el mal fue a París para asegurarse del todo y allí le insistió el doctor “que yo no podría quedarme en Europa a pasar el próximo invierno”. “Ya podrás suponerte en qué grado se encontrará mi espíritu” (135). En otra carta le explicita: “después de haberme desprendido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero que en todo se cumpla la voluntad del Señor” (136). Como se ve, en contra de lo que él supone, la voluntad del Señor es que regrese a Caracas a seguir la vida de antes.

Pero él sigue aferrado a su proyecto contemplativo; por eso, como prevé que tendrá que quedarse en el mundo, lo que ansía es la muerte. Así le dice a su hermano desde París: “mi enfermedad es una cosa más bien crónica, prolongada, y si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros y nos pone seguros en el cielo. Pero suponte que yo me cure del todo dentro de cuatro o cinco años; ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría” (139).

7. ¿Cuál fue su vocación?

Nos preguntamos por su vocación en el sentido estricto de a qué lo llamaba Dios, para qué lo había elegido, a qué quería que dedicara su vida.

Así lo explana Dominici: Pretendiendo entrar al seminario, “el Arzobispo, quien le tenía paternal afecto lo persuadió de que debía volver a su anterior beneficentísima actuación. Pronto volvió a imponerse el médico insigne, el sabio de inagotable caridad; sus alumnos lo reclamaron y casi a la fuerza volvieron a colocarlo en la Cátedra que había ilustrado con su enseñanza. Pero el maestro no abandonó nunca su propósito de consagrarse cuerpo y alma a Dios, ya en el convento, ya en el sacerdocio, y cuatro años más tarde, en 1913, volvió a Europa y llamó a la puerta del Colegio Pío Latino Americano con intención de realizar lo que no había logrado en Caracas. Otra vez lo traicionó el cuerpo gastado por el frecuente ayuno y la áspera penitencia, y enfermó gravemente de pleuresía; y aquel extraño peregrino hizo de nuevo rumbo hacia el suelo natal” (172). Allí lo asalta la muerte “cuando salía de ejercer su inagotable caridad” (173), que fue su verdadera vocación, es decir aquello a lo que Dios lo llamaba, a lo que lo llamó toda su vida.

Dominici tenía el mismo concepto de contemplación (169) que JGH. Por eso no puede hacerse cargo, como tal vez tampoco se hizo el propio José Gregorio, de que lo que él fue en realidad, independientemente de su concepción de la perfección cristiana, fue contemplativo en la acción.

Esa es la propuesta ignaciana, que no estaba en el ambiente, pero que JGH realizó con toda plenitud; por eso la caridad fue lo que dio el tono a todo, desde su práctica científica y su atención a sus pacientes, hasta su atención a su familia y su modo de ser ciudadano. Esa caridad, que fue entregar el amor que recibía de Dios con la misma gratuidad, concreción y plenitud con que él lo recibía, fue lo que lo unificó. Una integración dinámica ya que consistía en abrirse constantemente para recibir el amor y para entregarlo. Por eso la congruencia inalterable que percibían todos no era un estado al que llegó muy tempranamente, sino un ejercicio constante y consecuente, en paz y perseverante, ya que consistía en recibir el amor de Dios y de Jesús y en hacerlo suyo y entregarlo. Esa fue, de hecho, su espiritualidad: contemplativo en la acción. Puede sonar extraña esta caracterización. Pero yo no la he traído a consideración por deformación profesional, por mi condición de jesuita, sino porque me ha venido de repente la expresión al ver que se ajusta a lo que vivió JGH, insisto que a pesar de la idea de perfección que había en su época, de la que él participaba. Es cosa de Dios que el arzobispo lo viera y que lo instara a que lo discerniera cuando fue a la cartuja y luego al salir de ella.

Como prueba de que asumió con toda solvencia la normalidad de su trabajo está la carta que dirige al rector de la universidad informándole de la marcha del laboratorio a nivel escolar el curso de 1910 a 1911: “Durante este año se hicieron los trabajos prácticos correspondientes, en los cuales los estudiantes se ejercitaron en el aprendizaje de la técnica microscópica, propia de la histología y la bacteriología, lo mismo que los métodos de cultivo de los microbios y en la disociación de los tejidos. / Estos trabajos se practicaron diariamente por todos los cursos divididos en grupos de cinco estudiantes. También se dio diariamente la lección vocal y la experimentación consecutiva” (121).

Otra carta que expresa el grado en que asume su responsabilidad es la petición que hace al presidente de la república para proponerle la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología. Le explana la utilidad que reportará para tratar las enfermedades tropicales. Le informa que existe en todas las capitales latinoamericanas y le comunica

la conveniencia para su persona de que lo funde: “de ninguna manera podemos permitir que otro gobierno posterior le quite a usted, señor general, la purísima gloria de haber sido el fundador del primer Instituto Bacteriológico y Parasitológico de nuestro país” (122).

Conseguido el laboratorio, le informa al rector de la universidad de su funcionamiento. Y como se va a trasladar a otro lugar, le pide “tres mesas, un estante y dos jaulas para los animales de experiencia” y alguien que “se dedique al cuidado del laboratorio y nos ayude durante las experiencias que se practiquen en el curso de la enseñanza teórica” (123).

8. Asumiendo su condición y su época, se consagró a Dios en los enfermos

En 1917 informa a Dominici que está en Nueva York ejercitándose en el laboratorio, como parte de la materia que está viendo: “estoy ahora de cocinero haciendo caldo y gelatina y agar para los tiernos microbios; en los puestos de adelante, a los lados y por detrás me quedan encantadoras estudiantas, mis condiscípulas del momento y que poetizan un poco tan prosaico oficio” (152). Como vemos, el tono es jovial, como el de las primeras cartas cuando va a su tierra.

Pero el cambio sube de punto en lo que le dice cuando lo visita en Washington: “¡Cómo! ¡No estás a la moda! –‘Por qué?’ replicó –‘No usas pantalones arremangados, como yo, ni zapatos de corte bajo, ni medias y corbata de color’. Ya había notado yo cuán peripuesto me llegaba el viejo amigo, tan distinto al que había conocido. Al terminar la comida, saca una lujosa cigarrera y brindándome un cigarrillo dice: ‘Yo fumo. ¿Tú no fumas?’. Rarezas tan ajenas a su carácter” (171).

No sólo va vestido a la moda él. Desde Madrid le manda a su hermano César “un corte de vestido para ti, para Benjamín, para Alfredo y para Ernesto. Un corte de vestido para Dolores, María Luisa y otro para Ángela. Una salida de teatro para Dolores y María Luisa y un reloj de pulsera para María Luisa y otro para Ángela. Si tú no necesitas tu corte

de vestido le puedes mandar hacer a Benjamín un vestido de smoking con él” (142). A su sobrino Benjamín le envía “un corte de vestido que deseo lo hagas de sport, que es la gran moda hoy en toda Europa y en Nueva York; es un saco que lleva a la espalda un cinturón (...) Es muy elegante” (143).

Esa misma actitud expresa el retrato que se hizo en Nueva York en 1917 y envió a varios y que ha quedado como el estereotipo de su fisonomía. A su hermano: “Te mando mi retrato, que hice hace pocos días; es para ti, para Dolores y los muchachos. Me ocurrió retratarme y mandárselos, porque me parece que así no estoy tan separado de ustedes cosa que me es tan dura y difícil de sobrellevar, y eso que pienso regresar pronto” (156).

También se lo envía a una amiga: “Me parece que le doy una verdadera sorpresa mandándote mi retrato; sacarlo a luz me parece que fue un verdadero triunfo fotográfico, pues dos veces se rompió la lente con el paso de tan disconforme imagen; al fin está ya en su poder, y le ruego que lo conserve como un recuerdo de su verdadero amigo” (157). Es claro que no cree que su imagen sea deforme sino elegante y a la moda, como es estar a la moda hacerse un retrato y enviarlo a sus seres queridos.

Y, por supuesto a Dominici: “Te mando mi retrato ya que no puedo ir a estar contigo en estos días. Ya verás cómo la vejez camina a pasos rápidos hacia mí, pero me consuelo pensando que más allá se encuentra la dulce muerte tan deseada” (158). Le dice que esa “melancolía me la ha dado la vida de estudiante que llevo” (158). Se comprende lo que quiere decir; pero hay que complementarlo con lo que ya hemos visto: que por fin se encontraron y lo que él le echó en cara es que él iba a la moda mientras que su amigo no.

Estar a la moda y enviar su retrato forma parte de su inmersión en esa sociedad y en ese tiempo. También es hacerlo desde la conciencia de su procedencia. Por eso le manda a su hermano César “un cuadro en el que están los escudos de las familias Hernández y Briceño para que

lo pongas en la sala de tu casa. A Isolina le mando un libro en que está la historia de nuestra familia y le digo que te lo preste para que lo leas junto con toda tu familia para que sepan las virtudes y el noble origen de sus antepasados”. “Te mando una sortija con el escudo de armas de nuestra familia para que la lleves puesta y mando otra para Benjamín” (142).

Ahora bien, no deja el perfeccionamiento profesional: “En Madrid oí las lecciones de Ramón y Cajal, que es un profesor extraordinario (...) como de unos sesenta años, que es poco para la fama mundial de que goza tan merecidamente” (144). Tampoco faltan las alusiones cristianas: “Yo voy todos los días a la iglesia en que está el Santo Niño de Atocha; no te puedes imaginar la devoción que aquí le tienen” (140). Y tampoco el empeño que define su vida: “te encargo mucho que no pierdas de vista (le dice a su sobrino Benjamín) el fin de tus estudios, y que no es para ser un buen histologista, ni fisiologista, ni bacteriologista que tú estudias, sino para ser buen médico, y es buen médico el que sabe curar sus enfermos, lo cual se empieza a aprender no en el laboratorio, sino en el hospital; el laboratorio es simplemente un auxiliar, pero la clínica es lo esencial” (145).

Curar a los enfermos porque Dios es el Dios de la vida, eso es, en su caso, ser contemplativo en la acción. Centrado en eso, JGH se asume como ese ser concreto que es desde su proveniencia familiar e inmerso en su sociedad y su tiempo. Esa será su imagen definitiva, que lo caracteriza. Ese ser correcto y hasta elegante está dedicado tanto a sacar adelante a su familia como a sus pacientes y, en contra del orden establecido, no discrimina al que no puede pagar. Atiende a todos y con cierta preferencia a los pobres porque casi se puede decir que no los atiende nadie. Y eso lo hace por caridad, que es el amor que Dios derrama en nuestros corazones y que él alimenta, con la misa, comunión y oración, pero no menos con el ejercicio asiduo de su condición de médico, volcado a sus enfermos. Por eso no es casualidad que muriera yendo a traer a una enferma una medicina que había visto que necesitaba, pero que ni ella ni su familia podían comprar. Esa muerte acabó de definir su vida: la selló. Eso fue lo que percibieron

todos, que se volcaron en su velatorio, su funeral y su entierro. Y es significativo que lo velaran en la universidad, celebraran el funeral en la parroquia de La Candelaria y lo llevara el pueblo en hombros hasta el cementerio.

Como síntesis digo que he percibido una vida ejemplar, pero no en el sentido de que se ajusta con excelencia a las normas establecidas, sino, por el contrario, uniendo dimensiones que la sociedad en su tiempo no veía compatibilizables y, lo que es más meritorio, que tampoco estaba en la percepción de lo que él, desde su estudio de la Iglesia, en el sentido más restringido de la institución eclesiástica, consideraba la perfección cristiana.

Su existencia fue absolutamente personalizada y dinámica, en el sentido preciso de una relación constante y progresiva con la realidad y, por todo lo dicho, trascendente, porque esa relación era ante todo con Dios y con Jesús y, desde ellos, con todos como hermano y servidor. Quiero insistir que su relación con la realidad fue progresiva y por eso hubo cambios en sus sentimientos y percepciones, cambios tendentes a hacer justicia a la realidad. Y, también por eso, pudo ser percibido como modelo y estímulo por los diversos sectores de la sociedad, que se sentían en cierto modo incompatibles entre sí, y, sin embargo, convergieron en considerarlo tanto como un venezolano absolutamente insigne y bienhechor, como en el fondo alguien suyo, percepción certera, porque, en efecto, JGH vivió realmente abierto a todos, entregado a ellos, desde su entrega de fondo a Dios.